

TRAICION, TRAMPA

Y

ESPERANZA

(historia en tres tiempos)

por: Antonio García del Toro

Primer Premio - Certamen Nacional de Teatro, UPR, 1990

PERSONAJES

PAOLA

ALEJANDRINA

NICOLASA

IFIGENIA

DON CASIMIRO

GENEROSA

DON SEVERIANO

TONO

CARLA EMPERATRIZ

AUGUSTA

La acción se inicia en las primeras horas de la tarde de un día de septiembre de 1868. Al levantarse el telón, se escuchará de fondo el final del tercer acto del "Nabucco", de Giuseppe Verdi. En escena, aparece Alejandrina que contempla el horizonte a través de una ventana. Cerca de ella y en silencio, Nicolasa prepara la mesa para el café. Al terminar la música, entran Paola Artieri, Ifigenia Fernández de la Cruz y Con Casimiro.

- Paola (Acercándose a Alejandrina.) Preocupata?
- Alejandrina Perdona mi descortesía, signorina Paola, pero...
- Don Casimiro Nicolasa, debes felicitar a tu madre. La comida de hoy ha estado como siempre: inmejorable.
- Paola Innamorata?
- Nicolasa Gracia, padre. Se lo diré.
- Alejandrina Sí... y mucho.
- Ifigenia No hagas caso a don Casimiro, muchacha, cuando lo invitan siempre exagera sus halagos para que lo inviten nuevamente.
- Paola Il amore nos hace soffrire, però e la cosa piú bella del mundo.
- Don Casimiro Señora Ifigenia, creo que usted no cambiará nunca. Tiene la virtud de hacernos dudar si es cierto que siempre debemos perdonar a quienes nos ofenden.
- Alejandrina Tiene mucha razón. Es la cosa más bella del mundo.
- Ifigenia Los sermones sólo los domingos, don Casimiro. (A Nicolasa.) Y tú, ¿cuándo piensas traernos el café?
- Alejandrina (Irónica.) Tan pronto como esté listo, querida señora Ifigenia.
- (Nicolasa sale.)
- Don Casimiro (Dirigiéndose a Paola.) Señorita Artieri, nuevamente deseo agradecerle a nombre de todos que haya aceptado la invitación de doña Generosa. Ha sido para todos un verdadero placer que una mujer como usted haya dedicado su tiempo a este pequeño grupo de admiradores de su arte.
- Paola Per me è un vero piacere, signor don Casimiro. Voi siete mis admiradores e io sono contenta di potere state un poco di tempo nella vostra compagnia.
- Ifigenia Anoche hemos disfrutado muchísimo. Aquí en esta tierra sin cultura son pocas las oportunidades que tenemos los amantes del "bel canto."
- Paola Io penso que questa è un' isola molto bella. La sua gente è stupenda. Hanno... entendito... così bene la musica del maestro Verdi. Quando il coro interpretava il finale del terzo acto le parole, aunque in lingua strani... extranjera, me pare... ce que sono llega... te a lo más profundo de sus corazones.

- Ifigenia No se engañe, signorina Artieri. No toda la gente que asistió a la función anoche pertenecía a la clase educada de este país. Además creo que fue una ocurrencia un poco alocada. ¡Invitar a la gente común y sin preparación a sentir la música de un hombre como Gaetano Verdi!
- Alejandrina Giuseppe Verdi, señora Ifigenia, Giuseppe, Gaetano Donizetti.
- Ifigenia ¿Crees niña que no lo sé? He dicho Gaetano para ver si esta juventud, que eres tú, conoce a los grandes maestros de la música operística. (A Paola.) Volviendo a lo nuestro, signorina Paola, no cree que la ópera de anoche era demasiado triste. No había ninguna nota humorística como en "Il barbiere di Siviglia", en ésa sí que el maestro Verdi dejó claramente demostrada su habilidad para la música humorística.
- Don Casimiro Tiene razón la señora Ifigenia. Ross-si-ni en su ópera "Il barbiere di Siviglia" supo dar humor al "bel canto."
- Ifigenia (Extrañada.) ¿Rossiini?
- Paola Il "Nabucco" è una delle prime opere del Maestro, però è molto importante.
- Don Casimiro Así lo entendemos, señorita Artieri. Para nosotros ha sido muy significativo que se haya representado aquí, en nuestra capital.
- Alejandrina Con su música, Verdi nos trasmite un dolor humano expresado quizás tan acertadamente que sus notas líricas vibran en nuestro recuerdo.
- Paola No sé si la signorina sa que questa opera la fatto poco dopo... después de la morte della sua familia: su mo... mujer y sus hijos.
- Ifigenia ¡Cuánto debió haber sufrido!
- Paola Per questo il dolore de la infelicitá también si sente nelle sue opere.
- Alejandrina Su mensaje de libertad ha sido lo que más me ha impresionado. Su música logra teatralizar la lucha de un pueblo por liberarse del opresor.
- Ifigenia Pobres asirios tanto que hicieron por ellos, ¡cuánta ingratitud!
- (Entra Nicolasa con el café.)
- Don Casimiro Tiene razón Alejandrina. Es conmovedor el final del tercer acto cuando el coro de los hebreos expresa, en un lenguaje lleno de gran dignidad, su deseo de libertad.
- Ifigenia ¡Dignidad! (A Nicolasa.) No seas torpe, mujer, Casi derramas el café sobre mi vestido.
- Alejandrina Nicolasa, la señora prefiere servirse ella misma. ¿Un poco de café, signorina Paola?
- Paola Grazie, Alejandrina. Il caffè è una delle cose que... más me gusta di questo bel país.
- Don Casimiro ¿Es cierto, señorita Artieri, que los italianos han hecho de Berdi un héroe nacional?
- Paola Certamente, per anni il pueblo italiano ha encontra... to nella música del Maestro la forza per la su lucha política.
- Alejandrina Igual que los hebreos, don Casimiro, los italianos luchaban en los momentos en que surge el "Nabucco" por liberarse de los

- Paola . Ha ragione la signorina. Nel "Nabucco", il coro de los ebrei esclavi e un símbolo. Un pueblo que canta per la sua liberta, per questo il coro se hizo molto famoso. Tutti cantavano per le vie le parole di Verdi.
- Alejandrina ¡Viva Verdi! se convirtió en un grito de esperanza para el pueblo italiano oprimido por los austriacos.
- (Entran Generosa y Don Severiano.)
- Generosa ¡Mentecatos! ¿Cómo podrían gobernarse ellos solos? ¡Emancipación! ¡Cuántas palabras sin sentido! Todos se creen con derechos. Ninguno utiliza la razón. El corazón no puede ni puede ni podrá nunca resolver los problemas vitales y menos los problemas de eso que ellos llaman la patria.
- Don Severiano Creo que una vez más usted tiene razón. Es irrisorio que un puñado de hombres se crea capaz de cambiar el mundo.
- Generosa No digamos cambiar el mundo, ciertamente, lo que pretenden es destruirlo. Y tampoco excluya en su comentario a las mujeres, que de igual forma pretenden contribuir con sus energías a la causa de una rebeldía intolerable.
- Ifigenia ¿Mujeres?
- Generosa Sí, mujeres. Sólo unas cuantas, claro está. La más conocida es una que dicen que ha bordado una bandera que servirá, según ellos afirman, de símbolo heroico durante la revolución que pretenden organizar.
- Don Severiano ¡Tonterías, querida señora doña Generosa! ¿Cómo a un puñado de hombres se le puede ocurrir una hazaña que será un atrevimiento en contra de quienes han hecho tanto por todos ustedes?
- Generosa ¿Por todos nosotros? Recuerde, estimado don Severiano que, aunque nacida en esta tierra, ese hecho únicamente casual no podrá afectar nunca la sangre que corre por mis venas. Acaso olvida que mi padre fue quien sostuvo con sus riquezas y con su nobleza gran parte del territorio insular. Somos hijos de noble cuna que lo único que hemos pretendido es hacer más agradable a los hijos de esta tierra su paso por el mundo. Y fíjese usted cómo se nos paga.
- Alejandrina Es cuestión de interpretación, señora madre. Si las colonias norteamericanas y los pueblos hispanoamericanos han logrado emanciparse, ¿por qué nuestra isla no puede aspirar a lo mismo?
- Generosa ¡Alejandrina! Creo que la política no es asunto que pueda interesarte.
- Alejandrina No tenemos la misma opinión, mamá.
- Generosa Perdone, señortia Artieri. No creo que nuestra conversación pueda interesar a una artista como usted. ¿Más café?
- Paola Non, grazie. (Levantándose.) La política, signora, e parte della vita e también una artista come oi ha il diritto di luchar per quello que cree. (A Don Casimiro.) Don Casimiro, e tardi. Devo andare. Mi acompaña.
- Don Casimiro Con mucho gusto. Ciertamente, es tarde y estará cansada. Tendrá que descansar para esta noche. Iré a aplaudirla nuevamente.
- Paola Grazie. (A Generosa.) Ha regione don Casimiro, sto un poco... cansada.
- Generosa Tendrá que perdonarme por hablerla dejado sola tanto tiempo, pero tenía algunos asuntos que tratar con mi abogado. Luego don Severiano me ha distraído con conversación mundana. Espero

- Paola                    Molto bene, grazie, signora Generosa. Lei e molto (en italiano) generosa. Andiamo don Casimiro.
- Don Casimiro            Andiamo, señorita Artieri.
- Paola                    ¡Arrivederci!
- TODOS                    ¡Arrivederci!
- Alejandrina            Los acompaño.  
(Salen La escena es invadida por un largo silencio.)
- Ifigenia                ¡Alejandrina es toda una mujer!
- Don Severiano          Tarde te das cuenta, Ifigenia; ya es madre, ¿lo olvidas?
- Ifigenia                Es que una las ve crecer y... Cambiando el tema... doña Generosa, ¿es cierto que pronto llegará su hija?
- Generosa                Tenemos en esta isla algunas damas que vigilan ansiosas cada movimiento de los demás.
- Ifigenia                ¿Qué otra cosa podemos hacer? Si estamos siempre encerradas por las obligaciones profesionales de nuestros maridos y permanecemos en un lugar tan inhóspito como éste, tenemos, entonces, que dedicar nuestro tiempo a esas tareas que algunos mal pensados llaman hablar del prójimo.
- Don Severiano          ¡Mujer!
- Generosa                ¡Déjela, hombre, que no dice sino la verdad! Para matar su curiosidad, le diré que es cierto. Sí, hoy espero la llegada de mis queridas hijas. ¡Hace tanto tiempo que no las veo! En nuestros días se hace cada vez más difícil viajar.
- Ifigenia                ¿Ha dicho "mis queridas hijas"?
- Generosa                Eso he dicho. Espero la llegada de mis dos queridas hijas. Carla Emperatriz y... Augusta llegan esta tarde, después de tanto tiempo.
- Don Severiano          ¿Augusta?
- Ifigenia                ¿Augusta? Hace mucho que vivimos en la capital. Exactamente...
- Don Severiano          ...diez años.
- Ifigenia                Diez años exactamente. Y nunca la hemos conocido. Mejor dicho, nunca hemos oído pronunciar su nombre en esta casa. Desconocía su existencia.
- Generosa                Entienda, querida señora de Fernández de la Cruz, ni aún mujeres como usted pueden descifrar todos los secretos de la vida. Mi hija Augusta ha permanecido en el colegio desde muy pequeña por motivos de salud, quizás por eso nunca la han conocido.
- Ifigenia                Entiendo. Pero, sin embargo, tampoco hemos visto un retrato de ella en la casa y mucho menos hemos...
- Generosa                No creo, Ifigenia Fernández de la Cruz, que tenga yo que estar a diario hablando de mis hijas y mucho menos en presencia de extraños.

Estaba por llamarte para que acompañes a los señores Fernández de la Cruz que ya se despiden. Luego deseo que me ayudes a terminar de arreglar las cosas para la llegada de...

Ifigenia ¿Muchacha, conoces a la señorita Augusta?

Nicolasa ¿Augusta?

Don Severiano ¡Vamos mujer! Se ha hecho tarde.

Ifigenia ¡Cuántos dolores de cabeza, doña Generosa!

Generosa ¿Dolores de cabeza? ¿Padece usted de fuertes dolores de cabeza? Si quiere solucionar su problema deberá acostarse temprano por lo menos una noche a la semana y dejar en paz al mundo, señora.

Don Severiano Perdone a mi mujer, doña Generosa. Aún no se acostumbra a vivir entre gentes extrañas y con las cosas como están en este país... Usted la comprenderá.

Ifigenia Creo, Severiano, que hablas demás. ¡Vámonos! Nuestra presencia no es grata aquí. (Saliendo.) No deje de saludar a su querida hija Augusta.

(Salen.)

Generosa (Señalando el servicio de café.) Llévate todo eso; luego avisa a tu madre que más tarde le diré lo que debe preparar para la cena de esta noche.

Nicolasa (Tímidamente.) Señora...

Generosa ¿Qué pasa?

Nicolasa La niña Alejandrina... ha... salió.

Generosa ¿Qué dices? ¿Alguien ha venido por ella?

Nicolasa No. Sólo que como jace tráj día que no sabe na'de... uté sabe de quien. Ha decidío dil ella mejma a bucal noticia a casa de loj pai d'él.

Generosa (Enérgica.) ¡Ve por la pequeña y tráela aquí!

Nicolasa Tenía mío y la ha llevao con ella.

Generosa ¿Qué tonterías dices?

Nicolasa No son tontería na', señora. Anoche no pegó ojo. Se pasó toíta la noche en vela. Caminó toíta la casa. Subió, bajó. Estaba muy intranquila. Eran como la cuatro de la mañana cuando yo mejma la encontré aquí en la sala. Miraba sin pejtañal el retrato del difunto. Cuando me acerqué me miró muy ejtraño y me dijo palabra que aún no logro entendel.. "Aléjate. Tú también haj traicionao su memoria..."

Generosa ¡Basta de tonterías! Su estúpido interés por ese hombre la ha llevado a actuar sin pensar primero las consecuencias; pero no debemos preocuparnos. Volverá.

Nicolasa (Pensando.) "...tú también haj traicionao su memoria, haj pelmitío que en su casa reine la maldá y se alimente la injuticia." No entiendo na'.

Generosa ¡Vamos, deja esas boberías y busca bien en su habitación. Mira a ver si falta algo.

Nicolasa Se lo ha llevao toíto. Jacen día que lo tenía toíto preparao.

Generosa (Golpeándola.) ¡Imbécil! ¿Cómo has podido tricionarme?

Toño Diga, señora.

Generosa Llama a los hombres y ve en busca de mi hija.

Toño Pero si el balco no llega hata má talde.

Generosa Ve y busca a mi hija Alejandrina; Dice la estúpida de tu hermana que ha ido a casa de los Fuentes Beltrán. La traes, a la fuerza si es preciso. Mis hijas no podrán nunca abandonar la casa de su madre. ¡Sólo muertas!

(Toño y su hermana salen, Generosa cierra todas las puertas y enciende unas velas que coloca en la mesa del centro. Al hacerlo mira el gran retrato de su marido.)

Generosa No creas que ahora después de muerto vas a poder destruir el mundo perfecto que deseo para mi gente. No pienses que tus debilidades podrán ahora entorpecer la obra que mis sabias decisiones han sabido siempre fomentar y que nos han permitido hasta ahora ser quienes somos; aunque el fango una vez pudo aprisionarnos. ¡Alejandro, fuiste un infeliz que lo único bueno que tuvo en la vida lo perdió por no saber conocer el corazón de una mujer como yo. Alejandro, ahora, estamos felizmente a salvo. Ya tus locuras de grandeza y tu patria no arruinarán más nuestras vidas. Alejandro, ahora, soy yo quien destruirá a todos y a todo aquello que pretenda cambiar este mundo que por muchos años he soñado para mis hijas y para mí. Sabes que no estoy sola. Mi madre siempre estará entre nosotros, protegiéndome y no permitiendo que seres como tú deshaigan su creación. (Larga pausa.) ¡Oh madre, cuánta falta me haces en ocasiones! Tú eres la fuerza que impide mi caída.

(Se acerca a un retrato que hay en algún lugar de la sala y lo coloca en la mesa del centro, entre las velas encendidas. Luego se inclina ante él y dice en voz baja.)

¡Que los muertos se levanten y vengan a mí! (Pausa larga.) Potencias infernales, vosotras que aportáis las desdichas a todo el universo abandonad vuestra sombría morada. (Otro silencio.) Si retenéis en vuestro poder aquélla a quien llamo, os conjuro, en nombre del rey de reyes, de hacérmela aparecer a la hora que os indicaré. (Saca de un bolsillo unos polvos y los arroja alrededor del retrato, mientras pronuncia lentamente lo siguiente.) Que quien es polvo despierte en su tumba, que salga de sus cenizas y responda a las preguntas que yo le haré en nombre del padre de todos los hombres. (Se arrodilla frente al retrato y levanta las manos y la cabeza.) ¡Soy yo, te pido y quiero ver! (Después de unos segundos se levanta.) Regresa al reino de los Elegidos. Me place que estés en él.

(Durante la escena habrá un juego de luces y sonidos. Al terminar el tiempo ha pasado y las puertas del fondo se han abierto, descubriendo dos figuras femeninas, que podremos ver según las luces vuelven a su normalidad.)

Carla Mamá.

Generosa ¿Es la voz de Carla Emperatriz o la de una aparición? (Volteándose.) Augusta, ¡bienvenida!

Augusta Señora.

Generosa El tiempo me ha traicionado. Ha pasado sin darme cuenta. Tendrán que disculparme. (Acercándose a Augusta.) Augusta, mujer, que cambiada estás. (A Carla.) Hola hija, ¿tuvieron buen viaje? (A Augusta.) La ropa que te ordené a París es verdaderamente estupenda, como ha cambiado tu... ahora pareces otra.

Augusta Soy otra... mamá.

Carla ¿Por qué no han ido a recibirnos? Hemos debido esperar algún tiempo en el muelle.

- Generosa Tal parece que hoy todo se ha complicado en esta casa. Hemos tenido invitados a la hora del almuerzo. Pero, ¿díganme cómo han llegado hasta aquí?
- Augusta Un caballero nos ofreció traernos.
- Generosa ¿Un caballero?
- Carla Sí, Severiano Fernández de la Cruz y su amable esposa. Tenían curiosidad por conocer a Augusta... como ella ha estado siempre encerrada en el colegio por razones de salud.
- Generosa ¡Qué mujer más odiosa!
- Carla Los invité a entrar, pero prefirieron regresar otro día con más calma.
- Generosa ¿Qué han preguntado? ¿Qué ha dicho esa cotorra?
- Augusta Nada. Nada de lo que deba usted preocuparse. Sabe, han tenido mucho gusto en conocer a la tercera heredera de la familia Roselló y Peñaranda.
- Generosa Quizás haya sido mejor así. Tarde o temprano tenían que conocerte. La infeliz mujer no puede respirar si no se entera hasta del más mínimo detalle de la vida de los demás. Es tan... ¡bueno! Después de todo a veces sin saberlo contribuye a mis planes. ¿España?
- Carla Igual que la última vez que nos vimos: los mismos árboles, la misma gente...
- Generosa Tu sarcasmo sigue siendo el mismo, hijita.
- Augusta El mundo político sigue igual o quizás peor, mamá. La monarquía tiene sus días contados.
- Generosa ¡Tonterías!
- Augusta No son tonterías, señora. España está formada por una serie de hombres desennañados, que se debaten entre un autoritarismo moderado y un dogmatismo progresista. Otros, en cambio, se han unido para fortalecer un partido centrista que logre estabilizar la situación y dé a España el orden político que necesita.
- Generosa Eso ha sido siempre igual. Seres humanos inconstantes que no logran encaminar sus verdaderos sentimientos. Ya se ocupará nuestra Reina y su gobierno de ellos.
- Augusta No es tan sencillo.
- Generosa ¿Quieren tomar algo? ¿Un café?
- Carla Creo que es oportuno, así cambiamos de conversación. Saben que la política poco me importa.
- Generosa (Llamando.) ¡Nicolasa! (A Carla.) La política, hija mía es la vida misma. Unos tenemos que gobernar y otros tienen que ser gobernados. La masa ignorante tiene que ser gobernada por nosotros, la minoría preparada para hacerlo, como decía el gran Platón. (A Nicolasa que ha entrado.) Trae café con algunas galletitas.
- Augusta Para mi té, muchacha.
- Generosa En esta casa sólo se toma café, querida Augusta. Es una tradición familiar.
- Augusta Bastante absurda... mamá. (A Nicolasa.) ¿Has oído? Té, con poca azúcar.
- Generosa (Después de una pausa silenciosa.) ¡Vamos, mujer! La niña Augusta ha expresado sus deseos y... por lo menos el día de su llegada tenemos que complacerla: Té con muy poca azúcar.



(Nicolasa sonríe, luego sale.)

- Carla                   ¿Quién es ella?
- Generosa               ¿Nicolasa? Una más.
- Carla                   ¿Es acaso la pequeña hija de Rosario, aquélla que cocinaba cuando éramos pequeñas?
- Generosa               La misma. Su nombre es Nicolasa y es esclava como su madre, y como su hermano. ¿Alguna otra información? (Sonríe, luego a Augusta.) Entonces... Decías que las cosas andan mal.
- Augusta               Eso decía justamente. Desde la caída de O'Donnell la política nacional avanza a la deriva, por eso los una vez sólidos cimientos de la monarquía española se dejan ver cada vez más gastados. Se acercan tiempos muy difíciles... mamá.
- Generosa               Vuelvo y repito que son puras tonterías. Nuestra Reina y su gente sabrá solucionar esos pequeños disgustos y todo será como antes, como siempre ha sido.
- Carla                   ¿Y Alejandrina? ¿No está en la casa? ¿Acaso también ella ha sido encerrada en un colegio?
- Generosa               ¡Cuánta ironía, pequeña! No. Alejandrina no ha sido encerrada en un colegio, todavía. Ha ido, simplemente, a visitar a sus suegros.
- (Entra Nicolasa con lo ordenado.)
- Generosa               ¡Sirve! ¿No han regresado los hombres?
- Nicolasa               Entoavía, señora.
- Carla                   ¿Los hombres? ¿Los has mandado a realizar alguna secreta misión que producirá beneficios a tu poderío?
- Generosa               Han ido, hijita, a ayudar a Alejandrina con sus maletas.
- Carla                   ¿Maletas?
- Generosa               Se ha ido a pasar algunos días con ellos. Es que su...
- Carla                   Su marido, aunque le pese.
- Generosa               ...pues, ése. Hace algunos días que no tiene noticias tuyas. Yo creo que la ha abandonado. ¡Es tan arrogante! Pretendía gobernar esta casa. ¡Maldito desgraciado! Debería besar donde yo piso. Permití su matrimonio con mi hija porque pensé que lograría cambiar su mentalidad enferma. Un hombre que sólo ha traído el rencor a esta casa y... que con sus ideas ha deseado usurpar la tranquilidad de este país.
- Augusta               (Mirando el gran retrato de la sala.) ¿Papá, verdad?
- Carla                   Claro. Mamá le mandó a pintar este cuadro para que reinara en la casa, como él no podía hacerlo.
- Generosa               No cambias, Carla. Más de diez años en esa institución y sólo has podido hacer daño y destruir la moral de esta casa.
- Augusta               ¡Señora!
- Generosa               Perdona. (A Carla.) Tu padre, queridísima hijita, no gobernó esta casa porque nunca tuvo el valor para hacerlo.
- Carla                   Voy a mis habitaciones. Todo estará dispuesto, ¿verdad, mamá?
- Generosa               Creo que sí. Hace varios días que lo ordené. Pero antes de que te retires debo decirte dos cosas, Carla Emperatriz. Hace dos años murió tu padre, pero hace más de veinte que en esta casa hay sólo una autoridad y ésa, aunque te pese, es la mía. Las razones no creo que sean de tu incumbencia. Eras sólo una niña cuando, por razones que tú conoces muy bien, tuve que encerrarte en esa escuela de la no quería que salieras nunca y...

- Carla ...y su voluntad no se cumplió.
- Generosa La segunda cosa importante que debes recordar es que ahora que Augusta está aquí no debes olvidar que entre nosotras todo ha cambiado. Que tenemos que soportarnos para poder sobrevivir y que en esta casa sólo están de paso.
- Augusta Eso ya lo había dicho antes, y antes ya lo habíamos comprendido. Ahora cumpliremos con el pacto y luego desapareceremos para siempre.
- Generosa Por lo menos, creo que contigo quizás haya ganado una aliada.
- Augusta No esté tan segura... mamá. Sabe que me mueven otros intereses, y que haré todo para que mi vida pueda seguir su rumbo sin que usted... mamá y su mundo traten de deshacer el mío.
- Carla Nos vemos poco y siempre las palabras entonan una misma canción. Será posible que algún día en esta casa se pueda escuchar el lamento sincero de un alma que implora piedad y que recibe justicia.
- (Se oyen gritos afuera. Entra Toño, trae consigo a Alejandrina.)
- Generosa ¿Qué gritos son esos? Toda una vida educando a los hijos para que en un solo momento nazca en ellos la bestia. ¡Silencio! (A Toño.) Me complace que hayas cumplido mis órdenes; ahora vete.
- (Toño sale.)
- Carla Alejandrina, ¿qué ha sucedido?
- Generosa No ha sucedido absolutamente nada. Simplemente que una hija desobediente ha pretendido abandonar la casa materna y ahora ha regresado para quedarse.
- Alejandrina ¡Eso nunca! Usted cree que podrá hacer con nuestras vidas lo que se le antoje. Pues está muy equivocada. Soy una mujer felizmente casada y nadie, pero nadie, impedirá mi felicidad. Ni usted y mucho menos la violencia con que pretende guiar mis pasos.
- Generosa ¡Baja la voz!
- Alejandrina (Al percatarse de la presencia de Augusta, sonrío.) ¿Augusta?
- Augusta Sí.
- Alejandrina Bienvenida, espero puedas resistir la vida aquí, en esta casa.
- Generosa (Acercándosele.) ¿Qué has ido hacer a casa de los Fuentes Beltrán?
- Alejandrina No creo que te interese.
- Generosa No seas insolente. ¡Contesta! ¿Qué has ido hacer a casa de los Fuentes Beltrán?
- Alejandrina Quizás... una visita de cortesía. ¿No es eso lo que siempre nos ha enseñado?
- Generosa No sé qué pretendes, pero juro que esto no se quedará así. Me debes respeto. Soy tu madre.
- Alejandrina ¿Conoce usted el significado de esa palabra? Si lo conoce, entonces aprenda a respetar a los demás y así logrará que éstos la respeten.
- Generosa Parece que hoy tendré que utilizar otros medios. Mi querida hijita está un poco nerviosa, quizás porque el hombre con quien se acuesta...

- Alejandrina ¡Mida sus palabras!
- Generosa ...porque, corrijo, su marido la ha abandonado. (La coge por un brazo.) ¿Dónde está la niña, mi nieta?
- Alejandrina ¡Su nieta! Una niña que nunca ha recibido un beso de su abuela no puede ser llamada nieta.
- Generosa ¿Dónde está la niña? ¿Dónde?
- Alejandrina ¡Suélteme!
- (Generosa obedece, Pausa.)
- Alejandrina Mi hija está a salvo.
- Generosa (Llamando.) ¡Toño! ¡Toño!
- Toño (Entrando.) Señora.
- Generosa ¿Dónde está mi nieta? (Ante el silencio.) ¡Contesta, imbécil!
- Toño No sé. Uté dijo que trajiéramos a la niña Alejandrina y...
- Generosa ¡Fuera! (A Alejandrina, agarrándola nuevamente.) ¿Dónde está? ¡Contesta!
- Alejandrina Verdaderamente le interesa o sólo se siente herida porque un ser indefenso como yo ha violado su vigilancia. (Calmadamente después de una pausa.) ¡Suélteme!
- (Generosa obedece.)
- Alejandrina La niña está junto a alguien que la querrá y que la protegerá de usted.
- (Generosa levanta la mano para pegarle.)
- Carla (Se interpone entre ellas.) ¡Déjela! La violencia es inútil. No solucionará nada. Lo hecho, hecho está. Además usted siempre ha dicho que esa niña, hija de la pasión y del amor, jamás podría llegar a ser una de nosotras.
- (Generosa retrocede unos pasos.)
- Alejandrina (Amenazante.) Ahora soy yo quién pregunta. ¿Dónde está mi marido? ¿Por qué hace tres días que Martín no regresa a su casa? ¿Qué nueva intriga teje contra nosotros?
- Augusta Carla, creo que es hora de descansar. El viaje ha sido muy agotador. Y aquí nosotras no podemos hacer nada. Las leyes de la vida otorgan la autoridad a nuestros mayores, así que ellos tienen que resolver sus problemas. ¡Vamos!
- Generosa Gracias, Augusta, y bienvenida nuevamente a tu casa. Tienes razón, ahora es mejor que dialogue a solas con mi hija mayor. (Sonriente.) Nos veremos luego, a la hora de la cena. Se sirve a las seis.
- Augusta A las seis, perfecto. Fue grato verte... hermanita. Un consejo, aprende que en la vida a veces sólo vencen los que se venden o engañan, o los que ocultan sus verdaderos sentimientos.
- (Augusta y Carla salen.)
- Generosa Ahora, jovencita, empecemos desde el principio nuevamente. No sé ni me interesa donde está tu marido. Seguramente se habrá buscado algún problema gracias a sus ideas extrañas que se oponen a la estabilidad que con tanto derecho nuestra Reina ha sabido imponer en esta isla. Quizás esa sea la razón de su ausencia. Pero no lo sé, tienes que creerme. ¿Por qué una mujer de su casa tiene que estar enterada de lo que ocurre fuera?

¿Porque la prima de tu marido lo hace? Una mujer sin dignidad que se ha convertido en motivo de habladurías. Quizás ella sí lo sepa, ya que organiza graciosas veladas en las que se ocultan las verdaderas intenciones. Pero no te engañes, las actividades de la tal Mariana son muy conocidas en los círculos gubernativos de la Corona y muy pronto caerá.

Alejandrina Ahora no sólo se interesa por la desgracia de los de su sangre. Meo que el círculo de su maldad también pretende envolver a la gente que busca la paz y el bienestar de este pueblo. ¿Por qué tiene que destruir? ¿Por qué? ¿Acaso no puede ver más allá de sus oscuros pensamientos? Abra los ojos madre. Examine su vida y reconozca que también los demás tienen derechos.

Generosa ¡Derechos!

Alejandrina Sí, derechos. Esa mujer de quien sólo palabras degradantes pronuncia, se ha convertido en la esperanza de muchos. Hombres y mujeres que claman por unos derechos inalienables. ¡Tratan de salvar la patria!

Generosa ¡La patria! ¡Cuántos historias absurdas por defender algo intangible!

Alejandrina ¡Intangible! La patria es quizás lo más grande que tenemos. Es ese árbol bajo cuya sombra aprendemos a jugar de niños. Es el cielo que protege con su manto nuestras vidas. Es el río que alimenta nuestros sueños. Es la flor que nos acaricia cuando despertamos. La patria vive en el canto alegre del ruiseñor, en el aire que permite respirar, en el sol que calienta la mañana, en la luna que oculta el romance de dos enamorados en el beso de una mujer que desde lo más profundo del alma se siente madre.

(Largo silencio.)

Alejandrina ¿Qué desea hacer conmigo?

Generosa Yo nada.

Alejandrina ¿Entonces soy libre de...?

Generosa ¿Es que ustedes los jóvenes no saben pronunciar otra palabra? (Con desprecio.) ¡Libertad! (Con ira.) ¡No! En esta casa no hay libertades. Tu obligación es organizar tu vida y decirte a cumplir con tus deberes como hija. Tienes que comenzar a respetar la casa de tu madre, olvidando a ese hombre que, por lo que veo, ha sido más sensato que tú y a esta hora, quizás esté muy lejos.

Alejandrina Usted no conoce el amor, señora, madre. Usted no sabe que en la vida hay cosas por las que tenemos que luchar y que es el amor ese brebaje que tomamos los que somos conscientes de nuestra obligación. El me ama, tal y como ama a su patria. Eso que quizás usted sea incapaz de comprenderlo, porque a diario siento que desprecia todo lo que la rodea, porque a diario siento que no ha podido perdonar a mi padre por traerla a esta tierra, que llegó amar tanto como si fuera suya. A veces creo que usted necesita aprender a amar para que algún día pueda ser feliz.

Generosa No tolero más tus impertinencias. Siempre fuiste como tu padre y ya sabía que me causarías problemas. Sin embargo, también sabía que esos mismos problemas tendrían solución. Tú eres una mujer débil y esa misma debilidad te causará la caída.

Alejandrina La veo y pienso cómo es posible que un ser como usted haya podido ser madre. Un ser como usted que desconoce los más elementales principios que la maternidad genera. Cuando hoy he dejado a mi hija en manos de... supe que nunca podré ser feliz sin ella. Usted, en cambio, nos quiere aquí, a su lado, no por lo mismo; sino para saberse poderosa e invulnerable.

- Generosa                   Creo que tienes razón. No conozco el amor, No y jamás envileceré mi espíritu con tonterías tales. ¡La patria, el amor! ¡Cuánta tontería! Tú has sido un error que tengo que soportar, pero no así los tuyos. Por eso, te digo que Carla tenía razón. Me importa poco donde está tu hija. Mientras más lejos, mejor. Ahora todo será distinto. Carla ha regresado y con ella Augusta. Pienso que son diferentes a ti y que ellas sabrán compensar las angustias y los malos momentos que tu indómito corazón me ha causado. Ahora esta pasa comenzará a respirar y lograremos comunicarnos según las pautas que yo disponga.
- Nicolasa                   (Entrando.) Señora, ¡dihcurpe. Han traío'ta calta pa'la niña Alejandrina.
- Alejandrina               (Irónica.) Mamá, ¿desea leerla primero, como siempre hace?
- Generosa                   No seas tonta. (A Nicolasa.) Vamos, mujer, entrega la carta. Tal vez sean buenas noticias, las buenas noticias que Alejandrina espera. (Indica mutis.) Te dejo sola, así podrás disfrutar mejor de...
- Alejandrina               No es de él.
- Generosa                   No, ¿quién entondes te escribe?
- Alejandrina               No sé.
- Generosa                   Date prisa y lee, me tienes en ascuas.
- Alejandrina               (Abre lentamente la carta y lee. Desde lo más profundo de su ser deja sentir un grito.) ¡No! (Se desploma.)
- Generosa                   (Coge la carta, lee; después sonrie.) ¡Martín Fuentes Beltrán... has muerto! (Deja sentir una carcajada, mientras cae el telón.)

## ACTO II

## La Trampa

Han pasado diecinueve años desde el primer acto. La acción comienza antes del mediodía de un día de agosto de 1887. Al levantarse el telón, Generosa aparece sentada frente a una mesa donde tiene colocado el retrato y las velas que uso durante el primer acto para evocar el espíritu de su madre. El repique de las campanas de la catedral se mezcla con el rumor de los vendedores ambulantes que pasan frente a la casa. Luego un gran silencio invade la escena.

- Generosa                   ¿Por qué? ¿Por qué? ya todo es inútil? ¿Por qué ya no escuchan mis ruegos? (Se levanta y tira al piso el retrato y las velas.) ¡Malditos! ¡Se han vuelto sordos todos los espíritus de la tierra! (Toma el retrato que ha caído al piso.) ¿Tú también me abandonas, madre? Tengo un horrible presentimiento, te necesito y me abandonas. ¡Soy tu creación, maldita ramera! ¿Por qué tuve que ser tu hija?

(En silencio, entra Augusta y escucha las últimas palabras de Generosa)

- Augusta                   ¿Dialogando con el Más Allá?
- Generosa                   ¿Estabas ahí?
- Augusta                   ¿Por qué? ¿Acaso cree que ignoro sus conversaciones "secretas" con la abuela, con la mujerzuela que tuvo como madre?

(Generosa Levanta la mano para pegarle.)

- Augusta                   (Deteniéndole la mano.) Se hace tarde, mamá.
- Generosa                   (Retrocede. Recoge todo lo que ha tirado al piso.) ¿Y Carla Emperatriz, dónde esta?

- Augusta Ha decidido quedarse. No vendrá con nosotras.
- Generosa ¿Acaso osará despreciar la invitación del General? ¿Qué pretende? ¿Ponerme en ridículo?
- Augusta No vendrá y creo que es lo mejor. Cada día está más agresiva. Creo que los remordimientos la están consumiendo poco a poco.
- Generosa No digas tonterías. Lo hace para llevarnos la contraria. (Llamando.) ¡Carla Emperatriz! Tienes dos segundos para salir. Mis hijas me deben obediencia. Sales a las buenas o recibirás azotes como cuando...
- Carla (Entrando.) La gente habla de la violencia que hay en las calles de esta ciudad. ¿Qué dirían si supieran que aquí vive quien alecciona a nuestro gobernador. Usted le ha enseñado sus métodos, ¿no es cierto, mamá? Recibirás azotes como cuando tenía diez años y le conté a nuestro padre la manera deshonestista en que su esposa manejaba las economías de su casa.
- Generosa ¡Cállate!
- Carla ¡Doña Generosa Peñaranda vendía esclavas blancas a un prostíbulo!
- Generosa ¡Basta o no respondo de mí!
- Carla Usted compra y vende almas. Se cree Dios.
- Augusta (Cogiéndola por el brazo.) Vamos adentro, será mejor.
- Carla No me toques, Augusta. Ya no les tengo miedo. En tantos años juntas me han hecho demasiado daño como para temerles ahora.
- Generosa ¡Basta, deja ya esas tonterías y termina de vestirte!
- Carla No voy a salir de esta casa y menos en compañía de quien todavía es su aliada. ¡Basta de tanta traición! Unidas hemos hecho tanto daño. Sólo hemos causado desgracias, dolor y la infelicidad de muchos. ¿Por qué? Somos tres rostros de mujer que representan el torbellino mismo de la maldad. Lo robamos todo, hasta el amor. ¿Somos mujeres o monstruos, madre?
- Augusta (Riendo.) ¡Monstruos, querida, monstruos! (A Generosa.) Creo que será mejor irnos solas. Su estado emocional sería capaz de arruinarnos la comida.
- (Al fondo, aparece Ifigenia.)
- Generosa Tienes razón. (A Carla.) No salgas de tu habitación, será mejor que descanses un poco.
- Ifigenia Queridas amigas, ¿llego en un momento inoportuno?
- Generosa Señora Ifigenia, usted siempre llega en momentos inoportunos. ¡Tantos años y aún no entiende que para visitar esta casa es necesario ser invitada!
- Ifigenia (Llamando.) Severiano, date prisa. Aún no han salido. ¡Hombre, qué lentitud! (A Generosa.) Son los años, querida Generosa, los años. Nos conocemos tanto que no necesito ser invitada para venir a su casa. ¿No es así, Augusta?
- Generosa Es cuestión de opiniones; pero ahora tendrán que disculpanos. Vamos a salir.
- Ifigenia Lo sé.
- Generosa No dudo que lo sepa.
- Ifigenia Por eso he venido. Creo que será inútil.
- Generosa ¿Qué es lo que será inútil, querida señora de Fernández de la Cruz? (Al verlo entrar.) Buenas, don Severiano. Aquí nosotras en la amena conversación que por años hemos sostenido.

- Don Severiano Tiene que perdonar la imprudencia de siempre, doña Generosa. Yo trato de impedir sus atrevimientos y usted sabe lo poco que siempre he podido lograr.
- Ifigenia Severiano, tenemos que estar unidos contra quienes desean destruirnos. Doña Generosa, el asunto ese de "los mojados" y "los secos", esa partida de rebeldes que pretende exterminarnos, ha tomado nuevos rumbos.
- Generosa ¿Qué ha sucedido?
- Don Severiano Tal parece que han arrestado a una gran cantidad de ellos. Han logrado encarcelar a algunos de sus líderes. Baldorioty de Castro, Molina, Díaz Navarro y otros ya están en nuestras manos.
- Augusta Creía que los habían dejado en libertad.
- Don Severiano Así fue, pero los han encarcelado nuevamente.
- Ifigenia ¡Cuánta ignoracia! A veces siento lástima por su insensatez. ¡Qué absurdo, querer proclamar una república en esta isla sin hombres para sostenerla!
- Generosa Gracias, don Severiano, por la información. Pero no tenían que molestarse, ya nos pondrá al corriente de todos los detalles el General. Ahora...
- Ifigenia Era nuestro deber. Ahora nos retiramos, antes de que se nos despida como siempre. Adiós a todas. Vamos Severiano. (Sale.)
- Don Severiano Otra vez pido mil disculpas. ¡Nunca cambiaré! (Sale.)
- Generosa (A Carla que contempla el cuadro de padre.) Y tú, tómate una tizana y tranquilízate. (Iniciando mutis.) Nos veremos más tarde.
- Carla Lo único que lograría tranquilizarme sería no verlas más. ¡Espero que no regresen nunca! A ver si se enemistan con el General Palacio y las mete a la cárcel por tramposas. (Saliendo.) ¡Papá, que bien hiciste en morirte!
- (La escena queda sola unos momentos; unos segundos después entra sigilosamente Toño.)
- Toño (Llamando en voz baja.) ¡Nico! ¡Nico! (Al no recibir respuesta (llama por otra parte.) ¡Nico! ¡Nico!
- (Poco después entra Nicolasa. Los años han dejado huella en ella. La vemos agotada por el trabajo.)
- Nicolasa (Sorprendida.) ¡Toño! Mi toño. Ven a mij brazo, hermano.
- (Se abrazan fuertemente.)
- Toño ¡Loj año no se han pltao bien contigo!
- Nicolasa Loj año y el trabajo, Toño, loj año y el trabajo.
- Toño ¿Pol qué sigue aquí? Ya ere libre, ya toíto somoj libre de dil y venil aonde se no antoje.
- Nicolasa ¡Libre! La liberltá e' una cosa etraña pa'mí. Yo tengo qu'etal en'ta casa. Tengo que pagal una deuda. Tengo que pagal por to'mij pecao. Aquí ej el mejol sitio. Dede que te ecapate, eto parece el mimísimo infielno.
- Toño ¿Laj cosa siquen igual, Nico?
- Nicolasa ¡Iqual no, piore...! Ahora la señora y sus hija son amiga amiga del gobelnadol ese que vino d'allá. Han salílo jace poco p'allá.

- Nicolasa Se pasan de jolgorio en jolgorio y de traición en traición. (Pensativa.) Y pensal que yo una ve... que yo una ve fui su aliá.
- Toño ¿Su aliá?
- Nicolasa No jaga caso. Son tontería que una dice.
- Toño ¿Tontería? No. Tus ojo no miente. ¿Pol qué no puedej dilte d'eta casa? ¿Doña Generosa no te deja? ¿Te tiene amarra? Sabej que podemos conseguil que te deje en libeltad. Ahora tenemos derecho.
- Nicolasa ¿Derecho? ¿Con quién va a jablal? ¿Con suj amigo del gobierno? ¿Con el tal General Palacio, ése que e' su amigo y aliao? No, Toño. No me tiene amarrá. Yo soy libre de dil aonde se me antoje. Soy yo la que no quiere movelse d'eta casa. Yo mejma soy la que me he dao el cajtigo de pasal mi vía aquí. Dede que la señorita Alejandrina murió de pena y de dolol y... dipué nuetra mai que no pudo aguantal tanta velquenza al sabel que yo...
- Toño Al sabel que tú, ¿qué?
- Nicolasa ¿Cómo van tuj cosa? ¿Cómo vivej en el mundo de loj que tienen libeltad?
- Toño Al sabel que tú, ¿qué?
- Nicolasa Otro día te lo cuento to'. Ahora etoy cansá. (Pausa.) Pero dime, ¿cómo van tuj cosa?
- Toño Etoy asuhtao, como to'. ~~Aquí las cosa andan~~ cada vej pior. Loj pueblo se han conveltío en poblao sin esperanza, no se oyen los paso de la gente, ya anide jabla, naide camina por laj calle. Loj piore qu'etán son esoj que se llaman autonomista, ello y su familia.
- Nicolasa ¿Autonomista? ¿Lo que quieren qu'eta tierra sea libre?
- Toño Lo que quieren que no podamo gobelnal nojotro mejmo. En esta lucha han pagao inocente. Atrapan a hombre y a mujere como sopechoso y le jacen pasal toltura epantosa. ¡Nico, ej horrible! L'obligan a confesal delito que no han cometío. La qualdia civil se dedica a asutal a la gente, a llamal a su casa y entral, a golpial a to' el mundo, meno a lo suyo.
- Nicolasa Aquí, laj cosa etán iguale. No en'ta casa, que al contrario tiene su qualdia epecial, afuera. Ayel, a doj cuadra deaquí, comenzaron ero, lo del Composte, a golpial a una gente que se había reunío no sé pa'qué. Lo sacaron a empujone, a culetazo y a batonazo. Lo metieron a toíto en la cárcel, a hombre y mujere. Dicen pol shí que querían que dijieran no sé qué secreto.
- (Entran Don Casimiro y Paola Artieri.)
- Don Casimiro (Al ver a Toño.) ¡Toño!
- Toño ¿Pol qué no me dijiste que había gente?
- Don Casimiro Porque no lo sabía, acabamos de llegar en este momento.
- Nicolasa No tengaj mieo. No correj peligro. Don Casimiro e' lo único bueno que aún entra en'ta casa. Peldone, y uté también señorita... No recueldo su nombre.
- Toño Uté e' aquélla... la que hablaba cantando.
- Paola Sí, la misma.
- Don Casimiro ¿No recuerdan a la señorita Artieri. (A Toño.) Y tú, muchacho ¿qué haces por aquí? Hace años no se te ve; desde que, inteligentemente, como ahora comprendo, huiste de esta casa.



- Toño                   Laj cosa han cambiao, don Casimiro. Ahora soy libre de dil aonde me placa.
- Don Casimiro           Lo sé y me llena de gran satisfacción. Nicolasa, ¿podrías hacernos un rico café, como el de siempre? Sabes que ésa es mi debilidad.
- Paola                   Es una magnífica idea, don Casimiro. Hace tanto tiempo que no tomo del café de esta bella isla.
- Don Casimiro           Trae también para Toño, así nos acompaña.
- Nicolasa               Pero y... si llega la señora.
- Don Casimiro           No llegará. ¿Acaso no está invitada a almorzar a casa del General? Por lo menos eso han dicho los hombres que están afuera.
- Toño                    Yo... creo que debo dilme. Aquí no me gusta etal.
- Don Casimiro           Sólo un momento. Así nos cuentas cómo van tus cosas, qué haces, Sabes que siempre te he apreciado mucho, a ti y a los tuyos. Tu madre al morir me pidió que vigilara por ustedes, pero tú estás tan lejos que no sé nada de ti. ¿Dónde vives? ¿Qué haces? ¡Vamos, hombre, cuenta! ¿Nos sentamos, señorita Artieri?
- Toño                    Hay poco que contal. Trabajo de sol a sol, como ante; pero ahora e' pa'mí. He tenfo mucho problema; porque uté sabe que no to'el muncho etuvo de acueldo con que se no diera la libeltad. Con mi patrón, no. E' una bella persona. Me casé y tengo do muchacho, de die y cinco año. Lebre como el pai.
- Paola                   Por lo que he oído desde que llegué, las cosas aquí no han mejorado mucho desde mi última visita. Y usted, en su carta, nunca mencionó nada.
- Don Casimiro           Son muchas las cosas que han pasado en esta isla, señorita Artieri. Después de su última visita, el pueblo cansado de esperar las prometidas reformas que la Corona había hecho, se levantó en armas. Sin embargo, la libertad duró menos de veinticuatro horas. Muchos cayeron y otros fueron apresados. Pero fue una rebelión que permitió a muchos abrir sus ojos y pensar que, aunque hubiese fracasado el movimiento revolucionario, eran muy serias las reformas que aquel puñado de hombres pedía para mejorar nuestras vidas.
- Paola                   ¿Entonces, aún gobierna España la suerte de los isleños?
- Toño                    ¿Gobielna? No e' eso lo que jace. Tiraniza, señora, tiraniza.
- Don Casimiro           Hemos vivido, a partir de ese momento, continuos cambios de gobierno. Cada uno de los gobernantes ha logrado que cada día el pueblo desee más y más la autonomía. El odio hacia todo lo español es cada vez más evidente entre los isleños.
- Toño                    Lo de aquí son sacao de cualquier pueto que ocupen en el gobielno.
- Paola                   ¿Cómo es posible?
- Don Casimiro           Es cierto, señorita, arbitrariamente son destituidos de sus puestos en el gobierno y en su lugar se colocan a peninsulares traídos expresamente para ocupar esos puestos.
- (Entra Nicolasa con el café.)
- Toño                    En meno de diej año, ocho generale han ocupao la gobelnación de la ila. Y como dice, el señor cura, ca've crece má y má el rencol hacia ello, y ahora má porque...
- Nicolasa               (Sirviendo el café.) Sí, ahora máh que noh gobielna un hombre que parece er mihmísimo diablo... peldón, don Casimiro.

- Don Casimiro No tengo nada que perdonarte, Es cierto. Creo que lo es. Cuando llegó a la Isla, hace sólo algunos meses, sancionó públicamente todos los atropellos que sus predecesores habían cometido contra nuestro pueblo.
- Toño Ahora cunde el temol, la duda y el terrol. Toito vivimo de sobresalto en sobresalto. No sabemo que no puede ocurril. Aún no sabemo de qué e' capa ese hombre.
- Don Casimiro Ya nadie confía en el correo. La capital, señorita, parece un pueblo en estado de sitio. Nicolasa, toma un poco de café también tú.
- Nicolasa Gracia, don Casimiro, pero lo tomo dipué en la cocina. (A Paola.) Sabe, señorita, a la die de la noche la gente tiene que apagal laj luce de tofta su casa, toft meno aquí.
- Toño Ahora e' peligroso hata caminal por la calle. Sí te ven habla con alguien o reunilte con un grupo de amigo te arretan pol sopecha de... de cualquier cosa.
- (Durante las últimas palabras de Toño, aparece Generosa y Augusta.)
- Generosa ¡Ha regresado el hijo pródigo!
- Toño ¡Señora!
- (Nicolasa recoge el servicio de café e inicia mutis hacia la cocina, Augusta la detiene.)
- Augusta ¿Adónce crees que vas?
- Generosa Tenía razón mi intuición. Ahora se organiza la conspiración en mi propia casa. Y usted, cura, ha colmado mi paciència. Hasta shora he permitido su entrada a mi casa, por respeto a su padre que era mi amigo y que no tuvo la culpa de tener un hijo como usted. Pero se acabó. Y... ¿esta mujer quién es? ¿Qué diablos hace en mi casa, tomando café con mis esclavos?
- Toño Se equivoca señora, ya no somo su esclavo. Somo libre y ahora mejmo salimo d'esta casa mi helmana y yo...
- Augusta ¿Es cierto que tendrás el coraje de abandonarnos, querida Nicolasa?
- Nicolasa ¿Yo?
- Generosa He preguntado, ¿Quién es esta mujer?
- Don Casimiro ¿Por qué no nos sentamos todos y hablamos como seres civilizados? La señorita ha venido para...
- Paola ¿No me recuerda, doña Generosa? ¿O es que mi presencia la confunde?
- Generosa ¡Basta de acertijos! ¿Quién es usted?
- Paola No se trata de acertijos, mia cara, es simplemente el tiempo que quizás la haga olvidar.
- Generosa (Recordando, sonrie.) ¡Usted! Perdóneme. Me he comportado injustamente. Creía que se trataba de alguna conspiración perversa. Sabe, vivimos momentos un poco difíciles, constantemente se atenta contra la seguridad del benemérito General Palacio, nuestro amigo. Fígrese, el pobre ha tenido que salir precipitadamente para arreglar un asunto oficial. ¡Gente sin principios que atentan contra un gobierno que sólo desea el bien de su gente. Así que nuevamente le pido mis exusas. Estoy algo nerviosa y mis hombre me han dicho que había extraños en la casa. Sin embargo, usted, no es una extraña. Han pasado tantos años, pero la recuerdo muy bien. (Se le acerca para besarla.)

- Paola No es necesario, señora.
- Generosa ¿Cómo?
- Paola Que entre nosotras no son necesarias las cortesías.
- Generosa No logro entender. Don Casimiro, ¿qué le ha pasado a esta mujer? Ha perdido los buenos modales y hasta habla correctamente nuestro idioma. Ha perdido, con los años, hasta la dulzura de una reina que antes la engalanaba.
- Don Casimiro Doña Generosa, creo, que la señorita Artieri puede estar molesta por...
- Paola Tampoco son necesarias las excusas, don Casimiro. He venido, como usted sabe muy bien, a arreglar un asunto que hace tiempo he pospuesto; pero que ahora tendrá solución.
- Augusta Madre, ¿qué está pasando aquí?, ¿por qué se porta con tanta vehemencia? Don Casimiro, ¿qué intriga es ésta?
- Don Casimiro ¿Intriga?
- Paola Eso tendría que preguntarlo yo, señoras.
- Augusta (Se acerca amenazante.) ¡Fuera de esta casa, no le permitiré una vez más hablarnos de esa forma!
- Toño (Se interpone.) ¡Cuidao, señorita Augusta, que aquí etoy yo pa' defenderla!
- Nicolasa ¡Cállate, Toño, no eh cosa nuehtra!
- Toño ¡La juticia e' cosa nuehtra!
- Generosa Ahora hasta los negros pretenden cambiar las leyes de la vida. Augusta tiene razón. Lárguense de esta casa antes de que llamemos a los hombres para que los saquen a patadas.
- Alejandrina (Entrando. No será necesario.  
(Al aparecer Alejandrina, Generosa y Augusta creen ver una aparición. Generosa se desmaya, Augusta la socorre.)
- Generosa ¡Alejandrina!
- Augusta ¿Qué truco es éste? Nicolasa, busca las sales. Rápido.  
(Nicolasa sale.)
- Paola No creo que sean necesarias.
- Alejandrina Ya se recuperará.
- Augusta ¿Quién eres? ¿Cuánto te han pagado para esta farse?
- Don Casimiro Tranquila, Augusta.
- Augusta Cállese de una vez y para siempre, señor cura.
- Generosa (Recobrando el sentido.) ¿Se ha ido? ¿ya se ha ido? Ha sido el espíritu más perfecto que he visto.
- Alejandrina Se equivoca, no soy un espíritu. Tampoco soy la Alejandrina que usted piensa que soy.
- Paola Doña Generosa, le presento a la hija de Martín Fuentes Beltrán.
- Generosa (Casi sin pronunciar palabra.) ¡Mi nieta! ¡Alejandrina, mi nieta! Sabía que algún día el pasado regresaría. ¡Cuánta falta me has hecho!

- Alejandrina Qusiera creer en sus palabras, señora. Pero después de casi veinte años encerrada en un convento, porque mi madre tuvo que entregarme a una desconocida en la que confié más que en la gente de su propia sangre, cree usted que puedo verla como la abuela sincera que espera la llegada de su nieta para besarla y abrazarla.
- Generosa Tú no puedes comprender el pasado. He vivido atormentada por tu desaparición. ¿No es cierto Augusta?
- Augusta No es necesario mentir, mamá. Usted se ha desmayado simplemente, porque la joven se parece tanto a su hija que ha creído ver un fantasma. (A Alejandrina...) ¿Qué has venido hacer aquí?
- Alejandrina Era muy pequeña cuando tuve que abandonar esta casa, pero recuerdo cada uno de los días que en ella viví. A usted no la conozco.
- Don Casimiro Es Augusta, tu tía.
- Alejandrina Don Casimiro, evite el uso de parentescos. No creo que estoy preparada aún para eso. En el convento me han enseñado muchas cosas, entre ellas la bondad, el amor al prójimo... pero aquí frente a quienes desviaron mi vida, aún dudo. Madrina, don Casimiro, quisiera quedarme a solas con ella.
- Paola No lo creo oportuno.
- Alejandrina Es necesario.
- Paola ¿Estarás bien, hija?
- Don Casimiro Démosle oportunidad al perdón. Vamos llegaremos hasta la iglesia, ¿nos acompañas Toño?
- Toño Como usted diga, don Casimiro.
- Generosa Toño, no regreses a esta casa. Desaparece lo antes posible o te haré encarcelar, sabes que puedo hacerlo con solo mover un dedo. Augusta, déjanos solas. Creo que la pequeña Ina tiene razón.
- (Todos salen. Al quedarse solas la escena es invadida por un largo silencio.)
- Alejandrina Esta casa no ha cambiado. Todo está en el mismo sitio. Hasta estos libros que tantas veces hojeé de niña. Los mismos muebles... la misma desolación que cuando entre las sábanas de mi cama oía el llanto amargo de mi madre. ¡Qué triste recuerdos me trae esta casa! Un abuelo que no conocí, un padre que perdí en el silencio y que supe de su muerte muchos años después; cuando ya estaba lejos de toda la maldad que destruyó su vida. Una madre enfermiza que no pudo soportar la pérdida del ser que amaba tanto. Una abuela que desconozco y una tierra que me vio nacer y que ahora la encuentro tan desamparada. Antes de llegar aquí, decidí entrar primero al cementerio. Quería estar sola. Quería recapacitar, meditar, pensar antes de enfrentarme al pasado. La tumba de mi madre me dio fuerzas. (Pausa. Se le acerca.) ¿Dónde fue enterrado mi padre?
- Generosa No sé ni me interesa.
- Alejandrina ¿Quién es usted, señora? Estos años de encierro han sido horribles. Pero, gracias a mi madrina, he podido completar mi educación. Y a través de ella he conocido el mundo.
- Generosa Ina, pequeña...
- Alejandrina Alejandrina, señora.

ideas, pero tu madre lo amaba y yo no podía hacer nada para evitarlo. Pero el destino quiso que él muriera y, entonces, tu madre decidió alejarte de nosotras.

Alejandrina El tiempo no la ha cambiado, señora. Recuerde bien los hechos. Era pequeña, pero ya le he dicho que recuerdo todo muy bien. Temiendo a su tiranía mi madre fue hasta el teatro donde cantaba la señorita Paola, y con lágrimas en los ojos me dejó allí. No pudo soportar mi llanto y huyó sin despedirse. Esa fue la última vez que la vi. Y mi padre, señora, aún vivía.

Generosa Tienes razón. Es que estoy un poco confundida. Te pareces tanto a tu madre que creo estar hablando con ella y no contigo.

Alejandrina Sí, nos parecemos mucho; pero no soy ella. Durante estos años he ido alimentando día a día el valor y el coraje que he necesitado para venir hasta aquí a exigirle que me devuelva la tranquilidad que una vez perdí.

Generosa Yo no puedo hacer nada por ti, estoy vieja y cansada.

Alejandrina (Saca un papel de su cartera.) Mi madre antes de morir, cuando ya se sentía desfallecer, le dio este papel a don Casimiro para que cuando me volviera a ver me lo entregara. ¿Quiere saber lo que dice?

Generosa No. Seguramente alguna tontería, alguna tontería de una moribunda.

Alejandrina (Lee.) "...lo que pueda haberle ocurrido a tu padre es culpa de..." No tuvo las fuerzas para terminar. Pero he pensado mucho y está claro.

Generosa ¿Has pensado y... está claro? Entonces, acudamos a las autoridades. Tengo influencias. Puedo ayudarte a que condenen al culpable. ¿Quién es?

Alejandrina Su cinismo es más sorprendente que su astucia. Señora, ¿qué trampa le jugó a mi padre?

Generosa ¿Qué locuras dices?

Alejandrina No, no son locuras.

Generosa Desvarías, niña. ¿Qué tengo yo que ver con la muerte de tu padre?

Carla (Entrando.) Alejandrina, sobrina. Mi querida sobrina desconocida.

Generosa Carla, regresa a tus habitaciones, ésta es una conversación privada.

Carla (Habla un poco alterada de los nervios.) Es que tampoco una tía tiene el derecho de saludar a una sobrina que no conoce. Soy tu tía, Carla Emperatriz, la que tu abuela encerró en un colegio porque habló demás y... que regresó cuando tú ya habías desaparecido. Pero sabía que volverías. Tienes derechos en esta casa, niñita. Si no los ejerces, las arañas se quedarán con todo. Yo no, porque ya estoy cansada de tanta...

Generosa (Llamando.) ¡Augusta! ¡Nicolasa! ¡Llévense a Carla, se ha vuelto loca!

Alejandrina Déjela, señora. Creo que será interesante hablar con ella.

(Entran Augusta y Nicolasa.)

Augusta Carla, tranquilízate. Vamos, debes descansar estás muy agitada.

Carla Te prohíbo que me toques, infeliz, miserable. (A Alejandrina.) Es la aliada más fiel de la señora Generosa Peñaranda.

- Generosa            Carla, no te tomaste la tizana que te recomendé.
- Carla                ¿Por qué han vuelto? Podían haberse quedado en casa del Generalísimo?
- Generosa            Regresa a tus habitaciones, por favor.
- Carla                Ahora es usted, madre, la que necesita calma sus nervios. Es la primera vez en años que pide algo por favor. (A Nicolasa.) Nicolasa, prepara tizana para todos.. (Ríe.) Está bien. Seré una buena hija. Me marchó... mamá.
- Generosa            Es lo mejor que puedes hacer, luego iré a tu habitación.
- Carla                (Se acerca a Alejandrina.) No confíes nunca en ella, querida, ¿cómo te llamas?
- Alejandrina        Alejandrina.
- Carla                ¡Alejandrina! Igual que ella. (En voz baja.) ¿Sabes quién acabó con mi hermana? Nuestra muy querida doña Generosa. ¿Sabes por qué?... Porque Alejandrina conoció el amor y el amor es un sentimiento prohibido en el reino de mi madre.
- Generosa            ¡Carla Emperatriz, basta de estupideces! Augusta, sácala de aquí antes de que me obligue a cometer una locura.
- Carla                Alejandrina, me voy. Sabes, tu padre... está vivo. Ella lo tiene encerrado.
- (Salen.)
- Alejandrina        (Congiéndola por los brazos.) ¿Es cierto? ¿Es cierto lo que dice esa mujer? ¡Conteste!
- Nicolasa            Está vivo, niña. La calta que recibió la niña Alejandrina, la escribió ella (señalando a Generosa) y yo la entregué... yo... la entregué. (Lentamente cae de rodillas.)
- Generosa            Sí, está vivo, pero como si estuviera muerto. Lleva casi veinte años en prisión por sus ideas revolucionarias. Complacida.
- Alejandrina        ¡Está vivo.! ¡Mi padre está vivo! ¡Ahora comienza la esperanza!

Telón

ACTO III

La Esperanza

La acción transcurre diez años después, una mañana de un día de diciembre. Al levantarse el telón, Don Casimiro sentado frente a un tablero de ajedrez conversa con Alejandrina, mientras ésta termina de colocar unas flores en un jarrón. Desde el interior de la casa se escucha la voz de un piano que repite incesantemente las notas de un ejercicio de escala musical, que se confunde con las voces y gritos de un grupo de niños que juegan en la calle.

- Alejandrina        No sé si será la ansiedad o los nervios, pero siento un calor hoy que no me permite un minuto de tranquilidad.
- Don Casimiro        No tienes que decirlo, criatura, desde que llegue no has estado quieta ni un solo momento.
- Alejandrina        Son tantos los días de espera. Desde que supimos que el Consejo de Ministros había aprobado los decretos que establecerían el régimen autonómico, no tenemos noticias concretas. Todo parece confabularse, don Casimiro. El correo funciona cada vez peor, el sistema cablegráfico tampoco es eficiente. Espero que ese nuevo invento, el teléfono, logre solucionar nuestros problemas de comunicación.

- Don Casimiro (Sin despegar la vista del tablero de ajedres.) ¡Paciencia, hija, paciencia! Sagasta cumplirá sus promesas. Recuerda que fue él quien solicitó a los autonomistas que consideraran la fusión del partido local con el monárquico. Ahora no puede fallarnos.
- Alejandrina Tiene razón, don Casimiro. Además creo imposible que las Cortes no aprueben una acción iniciada por su nuevo jefe de gobierno.
- Don Casimiro (Mirándola.) Aunque físicamente seas igual a tu madre, tu alma emula la pasión y la entereza de tu padre.
- Alejandrina Siempre que hablamos lo dice, don Casimiro. Y sé que pronto podré comprobarlo. La espera no puede ser eterna. (Al terminar de colocar las flores y dejarse de escuchar el piano, se asoma a una de las puertas interiores.) ¡La lección ha terminado!
- Don Casimiro Admiro su paciencia, Horas y horas asistiendo al entierro de la música.
- Alejandrina No exagere, don Casimiro. Algunas lo hacen bien.
- Don Casimiro Algunas, tú lo has dicho, sólo algunas.
- Alejandrina (Sonriendo.) Ahora, si me permite, iré por una sorpresa que he preparado para ustedes. Me perdonará la tradición, pero el café con este calor que siento hoy se sería imposible disfrutarlo.
- Paola (Entrando con un libro en la mano.) Aquí estoy, Don Casimiro. Misión cumplida. (Al ver que Don Casimiro sonríe.) Cada uno de nosotros tiene su sacerdocio, con penitencias y todo. (Sonríe. A Alejandrina, que ha iniciado mutis.) ¿Vas por el café?
- Don Casimiro No. Hoy nos tiene una sorpresa.  
(Alejandrina sonríe y sale.)
- Paola ¡Cómo ha cambiado! Ahora la vemos sonreír. Comienza a borrar en ella el dolor y...
- Don Casimiro ...florece la esperanza. (Sonríe.) ¡Poesía! ¿No?
- Paola Esperemos que pronto termine esta pesadilla. Ha sufrido mucho y merece ahora conocer la alegría de vivir.
- Don Casimiro ¡Cuántas cartas ha escrito! ¡Cuántas súplicas!
- Paola El camino es y ha sido doloroso. No ha sido fácil, para ella, conocer de momento la existencia de un padre al que creía muerto y, luego, no saber por dónde comenzar la búsqueda.
- Don Casimiro Sin embargo, ha sabido mover sabiamente las piezas del tablero y en estos años ha dado vida a un hombre que todos creían muerto, a un hombre que había perdido la esperanza de vivir. Su turno, señorita Paola.
- Paola (Se sienta.) ¡Cuánta injusticia ha conocido en su búsqueda desesperada de prisión en prisión! Ha tenido que sentir de cerca el horror de las torturas que invada el mundo de los presos políticos.
- Don Casimiro ¡Cuánta maldad! Y pensar que todo ha sido maquinado por una mente enferma. ¡Oh, Dios! Por años fui cómplice de su magistral engaño. Por años pensé que era una mujer cristiana.
- Augusta (Desde afuera.) ¡Niños, a jugar a otra parte!
- Paola (Al escuchar a Augusta.) ¡Cuidado, don Casimiro! Recuerde que aún ésta es su casa. Y no hablemos más del pasado. Es inútil, ahora, remover la maldad. Vivamos, de ahora en adelante, sólo confiando en la bondad infinita de Dios, que permitirá pronto el encuentro del padre y su hija.

(Por el fondo aparece Augusta. Se detiene unos segundos e inicia mutis en el mismo momento en que entra Alejandrina con una bandeja.)

Augusta- (Irónica.) ¡Hermosa tertulia! No los interrumpiré. Desaparezco. (Sale.)

Alejandrina (Ignorándola.) Aquí está, espero que les guste. (Ofreciéndole un vaso a cada uno.) ¿De qué hablaban?

Paola De poesía. Le comentaba a don Casimiro que el libro de Darío que me prestó me parece excelente y... que era una lástima que no lo hubiera leído antes. (Lee.) "¡Princesa del divino azul quién besará tus labios luminosos!" Es un gran poeta. Gracias, nuevamente, don Casimiro. (Le entrega el libro.)

(Alejandrina la contempla en silencio.)

Paola (Moviendo una pieza del juego.) Un caballo menos, don Casimiro. No se distraiga. También hablábamos de la extraordinaria labor artística de los poetas isleños. Creo que los versos de Gautier Benetéz, doña Lola Rodríguez de Tió y...

Alejandrina Me parece encomiable que disfruten estas pequeñas tertulias, como irónicamente alguien las ha clasificado. Son instantes en que compartimos juntos momentos de paz; sin embargo, los conozco demasiado y sé perfectamente que estaban hablando de otra cosa.

Don Casimiro Niña, ¿cómo puedes dudar de nuestra palabra?

Alejandrina (Ofreciéndoles más de beber.) ¿Más?

Don Casimiro Sí, un poco más, gracias. Su turno. (Después de una pequeña pausa.) Está bien. Tienes razón.

Alejandrina ¿Les gustó? Es una nueva receta. ¡Inventada, claro está! Mezcle y triture varias frutas tropicales. Es muy refrescante. Y... ¿qué decían?

Paola Comentábamos tu persistente y amorosa búsqueda: tus logros...

Alejandrina ¿Mis logros? Pero si hasta ahora lo único que he podido lograr es localizarlo, saber que está vivo y... esta minúscula carta que guardo junto a mi pecho.

Don Casimiro ¿Una carta?

Paola Don Casimiro, últimamente se olvida de muchas cosas. ¿Acaso no recuerda la carta que don Luis le trajo a Alejandrina?

Don Casimiro ¿Don Luis?

Alejandrina Sí, don Luis. El me trajo una carta que había sacado a escondidas un cierto abogado, que visitó la prisión donde está mi padre.

Don Casimiro Claro, ahora recuerdo. El abogado que le dio la carta cuando él estaba allá con la gente del partido.

Paola (Moviendo una pieza del juego.) ¡Jaque a la reina, don Casimiro! No se duerma.

Alejandrina (Después de un silencio, acariciando la carta.) En tan pocas palabras supo... Deseo tanto poder verlo, abrazarlo. Las tres veces que he ido a España desconocía el lugar dónde lo tenían. Se habían tejido tantas intrigas a su alrededor y ahora que sé dónde está no veo la hora de poder ir, e insistir hasta que me permitan verlo.

Don Casimiro Debes obrar con paciencia, Alejandrina. El caso de Martín es como volver a vivir el pasado, un pasado que muchos han querido olvidar. Recuerda que tras toda esta historia, no sólo está el temor de un gobierno hacia quienes puedan representar un peligro para su estabilidad; sino también la mano de un ser como...



- Paola Tiene razón, don Casimiro. Más de un magistrado te ha aconsejado tener cautela. ¡Paciencia, Alejandrina! Y sonrío nuevamente. Eso nos hace felices. (Cambiando la conversación.) Esta bebida es verdaderamente sabrosa. ¡Felicidades, ahijada! Dame un poco más, por favor.
- Alejandrina (Aún pensativa.) Claro, madrina. ¿Usted también, padre?
- Don Casimiro Por supuesto, hija.
- Alejandrina (Después de una pausa.) He hablado con tantos ministros y secretarios y todos me han impedido acercarme a la Reina Madre. Sin embargo, presiento que sólo la carta que le he enviado logrará sacarme de este laberinto que a veces creo que no tiene salida.
- Don Casimiro No pierdas la fe. Será ella la que te permitirá obtener los resultados que deseas.
- Paola Alejandrina tuvo razón al enviar la carta a la Reina. Ella es la indicada. Tal vez la carta logre conmover su corazón de madre.
- Don Casimiro No quiero ser pesimista, Alejandrina; pero, considero que primero se debieron agotar los recursos locales. Estos te hubieran conducido a ella con más seguridad de éxito.
- Alejandrina Aquí las autoridades poco han podido hacer por mí. Somos simplemente una colonia que nada puede hacer para solucionar sus problemas. ¿Cómo podrían sus hombres ayudarme a resolver los míos? Durante esos años he hablado con tanta gente, he recorrido tantos caminos.
- Don Casimiro Sin embargo, tienes que reconocer que tenemos hombres que luchan enérgicamente para lograr que esta tierra sea gobernada por su gente.
- Alejandrina Lo sé. Ellos como yo luchan por liberar del cautiverio a quien aman íntesamente. Ellos como yo viven soñando con el día en que cada uno de nosotros pueda recibir con los brazos abiertos el fruto de una espera de tantos años. Hace más de un año que don Luis conoce mi problema y en sus viajes ha tratado de ayudarme.
- (Durante el últimas líneas entra Generosa, en silencio camina despacio hasta detenerse frente al espejo.)
- Generosa (Después de una pausa.) No creo, señores, que tantos líderes ambiciosos puedan lograr algo positivo. Tendrían primero que resolver sus problemas. Juegan a políticos y no entienden que si no aunan fuerzas todo está perdido.
- Don Casimiro Señorita Paola, ¿le gustaría acompañarme en mi paseo matutino? Luego continuaremos nuestro juego.
- Alejandrina ¿Desea beber algo, señora?
- Paola Es una magnífica idea, don Casimiro. Así, mientras caminamos podremos continuar nuestra conversación sobre los versos de Darío. (Mira a Alejandrina y sonrío.)
- Generosa ¿Nunca podrás llamarme abuela?
- Don Casimiro Entonces, con el permiso de ustedes, comenzamos nuestro paseo.
- Alejandrina Nunca, usted lo ha dicho.

(Paola y Don Casimiro hacen mutis. Alejandrina sale con la bandeja hacia las habitaciones. Generosa, que ha permanecido en la misma posición desde su entrada, mueve una mano frente a su cara. Segundos después, Augusta aparece y se le acerca lentamente.)

- Generosa (Al sentir su presencia, se voltea.) ¡Siempre espiándome!
- Augusta Si no controlo yo sus movimientos, podemos perder todo lo que aún pueda quedarnos.
- Generosa Augusta, cada día es peor. Estoy perdiendo la vista. Hace semanas que sólo veo nubes, figuras... Nunca en la vida sentí el temor que ahora estoy experimentado. (Tomándola por los brazos) ¡Tú serás mis ojos.
- Augusta No creo que le hagan falta, mamá. Usted, hasta ciega, podrá continuar su obra; aunque ya todos saben que no tiene tantas influencias en el gobierno.
- Generosa (Enérgica.) ¡Basta! Fue sólo un decir. Quería conocer tu reacción. Y en cuanto a mis influencias... tan pronto como cambien al gobernador sabré ingeniármelas para conquista la amistad del que lo sustituya.
- Augusta ¿Aún tiene tanto poder? Entonces, si es así... ¿por qué permite la presencia de Alejandrina en esta casa?
- Generosa ¿Cómo puedo impedirlo? Legalmente tiene derechos. Es mi nieta y le pertenece la parte que era de su madre.
- Augusta ¿Y lo italiana esa? Ya no soporto su música, sus alumnas y menos sus insolencias y sus continuos paseos acompañada por el durita ese.
- Generosa Hicimos un pacto de paz. Ella, Alejandrina, no se metería en mis cosas y yo permitiría que su madrina viviera aquí con nosotras. Y en cuanto a su música, tienes que comprenderla, es lo único que le queda del gran esplendor que una vez la cubrió. (Sonríe.)
- Augusta ¡Pactos! Me da gracias. Han pasado tantos años y aún sigo aquí, como una más. Usted, a su manera, ha cambiado mi vida. Usted y su dinero hicieron que...
- Generosa Yo simplemente compré tu alma y tú aceptaste una vida llena de lujos que jamás hubieras conocido si no te vendes.
- Augusta Tiene razón. Sin embargo, por momentos, siento que he sido yo la que he ido perdiendo.
- (Entran Carla, quien muestra cierta perturbación mental, y Alejandrina.)
- Alejandrina Después de esa bebida recomiendo tomar un poco de sol. ¡Basta de encierros absurdos! Usted debe cuidar su salud.
- Carla Tienes razón, sobrina. Tienes razón. Estoy perdiendo toda la agilidad y no soy vieja como para quedarme encerrada todo el día. A partir de mañana comenzaré a visitar a mis amigas. (Pausa dolorosa.) ¿Amigas? No tengo. ¡Bien! Entonces iré a bailes. (Pausa.) No conozco a ningún joven que desee acompañarme. (Pausa.) Alejandrina, me lees una vez más la carta de papá. Sabes que me hace tanto bien.
- Alejandrina Como quieras, tía.
- Carla ¿Tía? No seas ridícula, Alejandrina.
- Augusta (A Generosa.) Cada día está peor.
- Alejandrina (Saca del dije que tiene colgado al cuello la minúscula carta; luego, lee.) "Hija del alma, hace sólo unos meses que el mundo tiene significado para mí. Has hecho posible que reviva la esperanza. La ilusión de tu amor permite que las tinieblas comiencen a perderse en la inmensidad..."

- Augusta Piensa que Alejandrina es su hermana muerta.
- Generosa Todo es una farsa.
- Alejandrina "Ahora, la soledad y la oscuridad cobran nuevos colores. Algún día, espero que pronto, podrás ver a éste que te ama cada minuto con más fuerzas y que ahora vive con el solo deseo de abrazarte."
- Carla Alejandrina, seremos felices, cuando papá regrese seremos felices.
- Augusta Veo que la señorita Alejandrina se interesa por la desamparada Carla Emperatriz. Ahora sólo permite que la toque su querida sobrina. Esta le recita versos, le lee cartas de amor...
- Alejandrina (Ignorando a Augusta.) Vamos. Caminemos un poco.
- Carla (Mirando a Augusta.) No. Quedémonos aquí, Alejandrina. Ya no me gusta el sol.
- Generosa (Mirándose en el espejo.) ¿Será posible, tanta injusticia?
- Carla (Sin dejar de mirar a Augusta.) El amor, Alejandrina, es algo imposible. Imposible, porque los seres humanos son tan fáciles de comprar, que hasta traicionan ese sentimiento tan hermoso.
- Augusta (A Generosa, irónicamente.) Vaya a un médico. Sólo así podrá saber si sus sospechas son ciertas. Aunque después de todo perder la vista no será tan trágico.
- Carla En la soledad del colegio en que me crié, una mañana de otoño conocí el amor. Fue algo tan extraño. Nunca es los años en que estuve allí encerrada, nadie, pero nadie me había dicho cosas tan hermosas, nadie me había hecho sentir que era un ser humano, nadie me había hecho sentir que vivir era importante.
- Generosa Tendrás que acompañarme. Sabes muy bien que odio a los médicos, son todos una partida de matasanos.
- Alejandrina Yo todavía no conozco ese amor. El único que he podido sentir es el que emana de la esperanza, de la esperanza de volver a ver a mi padre, de volver a sentir sus manos fuertes abrazarme.
- Carla El amor no traiciona, sabes, cuando más seguro crees que lo tienes llega alguien y destruye todo. ¿Verdad, Augusta?
- Augusta ¿Qué dices? No te escuchaba.
- Carla Le comentaba a nuestra hermana que el amor es una mentira.
- Augusta Ciertamente, una mentira que enreda a seres indefensos y...
- Carla No pensabas así cuando trataste de cambiar mi vida, cuando invadiste mi soledad e hiciste mil promesas.
- Generosa Iré esta misma tarde, Augusta, tienes razón. Es la única solución. Esta misma tarde. Carla, vamos adentro. Tienes que descansar. Tu conversación cada vez se torna más absurda.
- Carla Augusta, ¿por que pudo más la ambición que el amor? ¿Por qué me has engañado siempre? ¿Fue todo una farsa? ¿Qué pretendías? ¿Sabías acaso que doña Generosa Peñaranda no permitiría que su hija conociera el amor? ¿Sabías que trataría de destruir cualquier esperanza? No por principios moralistas, sino por su enfermedad destructora. Creo que todo lo tenías preparado. Es más, ahora, estoy segura de que tú misma le escribista enterándola de todo, de una realidad que, ahora comprendo, era más fantasía, sueños que amor... porque tú eres incapaz de amar.
- Alejandrina No entiendo nada, que está sucediendo.
- Generosa Alejandrina, jamás podrás entender a mis hijas, son extrañas.

- Carla (Lúcida.) ¿Nosotras somos extrañas? ¿Nosotras? Y ¿usted madre no lo es? ¿Qué pensaría Alejandrina si supiera que su... abuela negoció con la felicidad de su hija, comprando a la persona que amaba y prometiéndole darle en herencia una fortuna?
- Augusta Cállate, Carla. Me haces daño.
- Carla ¿Daño? Y tú qué has hecho de mí? Yo que esperaba de ti todo y en cambio tu ambición pudo más que el amor que sentías o decías sentir. ¡Hipócrita! Alejandrina, Augusta, nombre con el que doña Generosa Peñaranda la bautizó para así cumplir con su afán de grandeza, era una joven pobre y miserable que entregaba los pisos y que luego vendió su vida por dinero.
- Augusta ¡Basta, Carla! Sabes muy bien que acepté que tu madre me adoptara para mantenernos juntas, para conservar el amor. Luego, pasados algunos años seríamos libres y podríamos ser felices. Este fue el pacto que ella aceptó para evitar el escándalo.
- Generosa ¡Silencio! Dejen el pasado en paz; y tú, Alejandrina, debes ocuparte de tus cosas y no andar husmeando en la vida de los demás.
- Alejandrina La vida de los demás no me interesa, señora. En cambio, ahora comprendo que usted siempre se ha creído con el poder de gobernar la vida de todos.
- Generosa Tienes la mala costumbre de tu madre. Pretendes siempre desafiar la autoridad de esta casa. Recuerda que aunque te he permitido permanecer aquí, tus derechos son mínimos, por no decir ninguno. Esta casa es mía y en ella gobierno yo.
- Alejandrina No piense que pretendo gobernar su reino. No podría. Me sería imposible gobernar donde reinan las arpías. Pero yo haré, aun en contra de su voluntad, que esta casa sea nuevamente un lugar destinado al amor y al respeto por la gente que en ella habitan, donde cada uno tenga derechos y deberes, donde podamos reunirnos sin ser espiados, donde nos demos las manos para sostener al que lo necesita, y donde reine la libertad que ilumine el día. Igual que nuestros hombres, espero que caiga el gobierno déspota que nos ha aprisionado en sus garras para que al fin podamos caminar junto a la patria hacia la inmortalidad.
- Augusta (Aplaude.) Hermosas palabras, es una lástima que no tengan ningún valor y menos poder de persuasión.
- Alejandrina (A Augusta.) Tengo el presentimiento de que pronto ya nadie la escuchará en esta casa. Sabe, los seres humanos tienen también su castigo en esta tierra.
- Augusta No comprendo el porqué de tu arrogancia, pero te perdono.
- Carla Perdonar sería tan fácil; pero cuando te han arrancando los sentimientos uno a uno que difícil se hace. Alejandrina, trata de alejarte de nosotras antes de que llegue el castigo.
- Generosa ¡Cuántas idioteces tengo que oír! Ahora resulta que Carla Emperatriz se ha pasado al bando contrario.
- Alejandrina En esta casa no hay bandos, señora. Simplemente...
- Carla Simplemente, mamá, evitaré que la destruya. Y el único medio que tengo es ir poco a poco quitándole a usted la máscara que durante años ha usado para ocultar su origen y los medios diabólicos que su progenitora usó para convertirse en la señora de esta casa.
- Alejandrina Contemplo esta escena y no comprendo cómo he podido vivir junto a ustedes durante estos años.
- Carla No ha sido tan difícil para ti, porque tienes alguien por quien luchar; porque tu vida aún tiene motivos para ser feliz; porque eres inocente de la maldad que nos rodea. (Iniciando mutis.) Alejandrina, nunca dejes que nadie cambie tu vida. (Mirando a Augusta.) Aprende a reconocer la traición y el engaño cuando se acerquen prometiéndote la felicidad.

- Augusta Regresa, Carla. Después de escuchar tu hermosa confesión, creo que es hora de que yo haga la mía.
- (Augusta detiene a Carla sujetándola por un brazo.)
- Carla ¡Déjame en paz!
- Augusta (La sienta.) ¡Siéntate y escucha cada una de mis palabras! Ustedes también, señoras.
- (Generosa duda, pero se sienta. Alejandrina permanece de pie.)
- Augusta (Después de una pausa.) ¡Basta de hipodresías! (Irónica.) Ha llegado la hora de la verdad. La hora de mi verdad. Durante años he planificado todo. Desde mañana comienza mi venganza contra aquéllos que ustedes representan. Desde mañana Augusta Roselló y Peñaranda dará las órdenes en esta casa. Usted, señora, ya no tiene las fuerzas para hacerlo. Su ceguera irá en progreso y la hará cada vez más débil. Por lo tanto, tengo que evitar que su debilidad nos pueda conducir a la ruina. Y tú, Carla, nunca has mostrado el menor interés por administrar nuestra fortuna y menos ahora que tu mente comienza a desvariar. Por lo tanto, ha llegado mi turno. En cuanto a ti, Alejandrina...
- Alejandrina No me interesa lo que tenga que decirme, señora. Nunca, desde que la conocí confié en usted. Siempre ha habido tras sus palabras una amargura que sólo ahora puedo entender. Debe ser horrible sentir el infierno habitar en nuestro cuerpo.
- Augusta Eres demasiado arrogante como para poder comprenderme. ¡Qué sabes tú de la miseria! La gente como ustedes me tiene que pagar todo el dolor que la vida ha sabido proporcionarme. ¿Quién es culpable de que yo fuera abandonada por mi madre? ¿Quién sino gente como los Peñaranda? Que sin mover un dedo la vida les ha dado todo. Ahora ha llegado mi venganza. (Iniciando mutis.) Vamos, Carla, tienes que ayudarme a organizar ciertos cambios que pienso hacer en la casa.
- Alejandrina Un momento, Augusta. Una advertencia. ¡Aléjese de mis intereses y de mis cosas!
- Augusta ¿Quién te crees que eres? Alejandrina, no me provoques. Aún no me conoces verdaderamente. Yo soy capaz de...
- Alejandrina La conozco y sé que es capaz de todo.
- Carla Déjala, Alejandrina. Como hija adoptiva desafortunadamente la ley la protege y tiene ciertos derechos.
- Alejandrina Está bien, por ahora hemos terminado. Pero recuerde que no hay ningún parentesco entre nosotras. A ella quizás (señalando a Generosa) tenga que algún día perdonarle todo el daño que me ha hecho, pero a usted, no.
- Augusta ¡Basta, Alejandrina! Esto no estaba en mis planes. Pero tu soberbia me obliga. Hoy mismo sales de esta casa. (La coge por el brazo.)
- Alejandrina ¡Suélteme, señora!
- Augusta No desafíes mi autoridad.
- Carla Augusta, deja en paz a Alejandrina.
- Generosa ¡Basta! ¡Basta, Augusta! Has logrado conocerme tanto que hasta pretendes imitarme. Pero te advierto que aún esta es mi casa.

Augusta ¿Adónde crees que vas?

Carla Suéltame, Augusta, porque puedo...

Alejandrina ¿No ha escuchado, suéltela?

(Carla sale, mientras a lo lejos se escucha el pito de un vapor que llega al muelle.)

Augusta Señora, durante años he soportado con entereza su tiranía. Aparenté ser su aliada para ganarme su confianza. Pero el camino ahora es otro. No crea que una mujer como yo puede perder la mejor oportunidad que la vida le ha dado. ¡Estoy cansada de fingir! ¡Las odio! Su reino ha terminado. Ahora, nada ni nadie logrará quitarme lo que usted misma me dio. ¡Recuerde, señora! ¡Soy una Roselló y Peñaranda!

Carla (Entrando con un pequeño cofre en sus manos.) Aquí está, mamá.

Generosa (Entregándole el cofre.) Alejandrina, en el fondo de este pequeño cofre encontrarás un sobre atado con una cinta negra. Lo haya querido o no, eres una de nosotras. Y has demostrado tener las suficientes agallas como para poder algún día recobrar lo tuyo, lo que te pertenece por derecho. Ahora, basta de palabras. Abre el cofre y muestra a mi querida Augusta su verdad.

Augusta ¿Qué nueva patraña es ésta?

Generosa Simplemente, Augusta, que ahora sabrás que en mí no se puede confiar y que nunca me ha interesado tener ni he tenido aliados.

Alejandrina (Después de leer, sonríe.) Querida tía Augusta, la adopción fue un fraude.

Generosa ¿Has oído, pequeña infeliz? Nunca he derrochado mi dinero, ni por salvar del pecado a una hija.

Augusta (Se acerca y la coge por el cuello.) ¡Farsante! ¡Vieja miserable!

Carla Querida, has perdido la partida. Sabía que mi venganza llegaría algún día. (Ríe descontroladamente.)

Alejandrina La vida es una caja de Pandora, Augusta. No siempre nos complace su realidad. No siempre la última carta será un as de oro.

(Augusta mira todo a su alrededor y lentamente abandona la escena. Poco a poco se escuchan las siguientes frases que se confunden con los gritos de la gente que celebra en las calles: "La autonomía es un hecho", "Día de gloria", "El nuevo siglo nos trae la autonomía", "La Reina nos concedió la carta autonómica" "¡Viva María Cristina!", "Este será el primer paso hacia la libertad", "¡Fuera el opresor!")

Paola (Desde afuera.) ¡Alejandrina! ¡Alejandrina!

Alejandrina ¿Qué sucede?

Generosa ¿Qué gritos son esos?

(Entran Paola y Don Casimiro.)

Alejandrina Madrina, ¿por qué tan alterada?

Don Casimiro No es para menos, hija, no es para menos.

Paola Alejandrina, han llegado las noticias que esperábamos.

Alejandrina ¿Las noticias?

- Generosa (Iniciando mutis.) ¡Jamás, jamás disfrutarán la autonomía ahora concedida! ¡Jamás! (Sale.)
- Don Casimiro El pueblo ha comenzado a organizarse para celebrar el gran acontecimiento. Dentro de uno o dos meses se implantará el nuevo régimen.
- Paola El sueño de muchos pronto será una realidad.
- Alejandrina ¡Qué momento significativo es éste! Debemos compartir con todos esta nueva alegría que nos invade. Después de tantas penurias, de tantos atropellos, de tanta injusticia, al fin y antes de terminar el siglo nuestra patria da su primer paso hacia la libertad.
- Paola (Con cierto temor.) También se nos ha entregado esta carta para ti.
- Alejandrina Quizás sea otra carta de mi padre. ¿Quién la habrá logrado sacar de la prisión esta vez? ¡Benditos sean todos aquéllos que hacen posible mi felicidad!
- Don Casimiro No. La carta no es de tu padre.
- Alejandrina (Nerviosa.) ¡Claro que no! Sería demasiada dicha.
- Paola Tiene el sello real.
- Alejandrina ¡La Reina! ¿Es la respuesta de la Reina?  
(Paola le entrega la carta y Alejandrina la rechaza.)
- Alejandrina No, no podría leerla. Por favor, leela tú.
- Paola ¿Yo?
- Alejandrina ¿Quién mejor que tú?
- Paola (Después de una pausa, abre y lee.) La Reina María Cristina, como regente del reino, en nombre de su hijo don Alfonso XIII y en ocasión de haber firmado el Real Decreto que concede la autonomía a Cuba y Puerto Rico, accede a su petición y concede el perdón al ciudadano Martín Fuentes Beltrán, quien llegará a la Isla a comienzos del próximo año.  
(Paola entrega la carta a Alejandrina, quien la coloca junto a su pecho.)
- Alejandrina ¡Por fin, por fin nos acercamos!

TELÓN

FIN